Y ahora, la saludo con afectuoso respeto: vuelva á subir Ud. entre la gente de bien; yo vuelvo á descender... entre los otros.

CON MOTIVO DE LA PALABRA «CANALLA»

Y vosotros, ¿qué hicisteis entretanto
los de espíritu flaco y *alta cuna?*
Derramar como hembras débil llanto
ó adular bajamente á la fortuna.
Buscar tras la extranjera bayoneta
seguro á vuestras vidas y muralla,
y, siervos viles, á la plebe inquieta
con torpe lengua apellidar *canalla.*
¡Canalla! sí, vosotros los traidores,
los que negais al entusiasmo ardiente
su gloria, y nunca visteis los fulgores
con que ilumina la inspirada frente.
¡Canalla! sí, los que, en la lid, alarde
hicieron de su infame villanía,
disfrazando su espíritu cobarde
con la sana razón segura y fría.
¡Oh! La *canalla*, la *canalla* en tanto
arrojó el grito de venganza y guerra,
y arrebatada en su entusiasmo santo,
quebrantó las cadenas de la tierra.

(ESPRONCEDA.—*El Dos de Mayo.*) (*)

Es extraño que se continúe usando la palabra *canalla,* sin más ni más, para significar la hez del pueblo. Hay quien se sirve del vocablo para dar á entender cualquier tropel de gente, ó manifestación pública de gente *baja,* la cual, con ó sin ra-

(*) Hemos creído oportuno encabezar este trabajo con las cinco estrofas de la oda de nuestro ilustre poeta. *(N. del T.)*

zón, se lamenta de algo, pide, grita ó se muestra en público simplemente, callando.

No discuto el juicio. Pero digo que cuando oigo:—la canalla,—ó frases como ésta:—andáis con la canalla, servís, disfrutáis ú os dejáis explotar por la canalla,—tengo derecho para preguntar á qué canalla se refieren, porque no comprendo bien á quién se alude.

Hay en el pueblo *bajo* una cantidad de gente que no trabaja, campa por sus respetos de truhanería, anda de borrachera, roba, si se puede, no cree ni respeta nada, carece del sentimiento de la dignidad, del de amor á la patria, es más bien la deshonra y la gangrena de la patria misma, y acaba con frecuencia, ó merece, al menos, acabar en la cárcel ó en presidio. Y esta masa, aunque tenga en gran parte, en su favor, la excusa de haber nacido y crecido en la miseria y en la ignorancia, es innegablemente *canalla*.

Hay otra cantidad de gente, en otra clase social, la cual no trabaja tampoco ó trabaja en daño del prójimo, campa por los respetos de su jerarquía, anda en orgía y francachela, roba, si puede (y puede fácilmente y en grande escala), no cree ni respeta nada, carece del sentimiento de la dignidad, del amor de la patria, y hasta es más bien su deshonor y su gangrena, mereciendo acabar, aunque no acaba casi nunca, en presidio, ó en la cárcel al menos. Y ésta, aunque sea gente culta, que goza de bienestar, educada, ella también incontestablemente es *canalla*.

No busco especificar cuál de las dos sea más canalla. Pero repito que tengo el derecho de preguntar cuando oiga la palabra á cuál de las dos se alude; y puesto que la equivocación es posible, me parece justo lamentarme de que falte un vocablo para designar aquella hez, para decirlo así, *superior*, á la cual la voz canalla no se suele aplicar. Cierto que se podría decir *canalla alta*, pero no corresponde con toda precisión á la necesidad del lenguaje. Se debería acuñar otro vocablo nuevo con aquella exacta significación.

Pedía cierto diputado francés una ley para embarcar en el mismo buque al hombre político corrompido y al anarquista homicida, «porque vienen á ser dos aspectos complementarios de un mismo orden social, enlazados entre sí como la causa y el efecto». Yo no me atrevo á tanto: me contento

con pedir que la hez del bajo pueblo y la hez de la alta burguesía se consignen ambas en el Diccionario con su sello particular.

La falta de un término colectivo para significar «las canallas» me parece que da á una de éstas, la *superior,* con respecto á la lengua nacional, una especie de inmunidad, que constituye una injusticia.

*
* *

Esta injusticia del lenguaje pertenece á un vasto orden de injusticias, generalmente ignoradas, ó que se cometen inconscientemente, no ya con la hez del pueblo, sino con todo el pueblo. Por ejemplo: se usa con él una cortesía especial, de calidad inferior, como su pan.

¿Hay razón para que un caballero no haga más que subir la mano, á lo sumo, hasta el sombrero ó tocarlo con su dedo, para contestar al saludo de un operario que se quita el suyo enteramente ante el señor? ¿Una razón que justifique el *tuteo* con que se les trata, y el aire de amo con que llama como á los perros un jovenzuelo á un hombre de treinta años y un viejo á un hombre maduro, solamente porque los unos piden ó quieren una cosa y los otros la llevan ó la hacen? ¿Una razón para volver la cara á la derecha si por este lado pasa una levita, y volverla á la derecha también si por la izquierda pasa una blusa ó una chaqueta?

Se dice que reinan la libertad y la igualdad; y, sin embargo, existen muchas personas que, dándoselas de muy demócratas, suelen adoptar un tono despreciativo, hasta sin advertirlo, cuando hablan con gentes de las clases inferiores, ó se creen en el deber, si son benévolos, de tratarlos con un burdo aire fraternal, para demostrar que saben descender hasta ellos. Hay muchos que, á la menor palabra que les desagrada, pronunciada por un hombre del pueblo, amenazan hasta con el castigo, como cuando eran permitidos los azotes á los villanos, y llaman bestia á un plebeyo por una supuesta injuria, aun siendo provocada, mientras que se tragan pacientemente el mismo insulto si se lo dirige otra persona *decente.* Y son innumerables los que á cada paso ó con cualquier motivo, discutiendo con el vulgo, hablan de hacerles prender, como si tuviesen á la policía en el bolsillo y organizada para su uso y servicio particular.

Id á las estaciones del ferrocarril, á las oficinas públicas, á los tribunales, por todas partes donde haya personas «civilizadas» que, por razón de su cargo, tengan necesidad de entenderse con toda clase de gente, y veréis, casi siempre, que al preguntar, al responder, en la compostura, en los modales, en el acento, en los semblantes, en todo, hay maneras singularmente distintas, según que tratan con personas de la propia clase ó de clase inferior ó superior, y muy especialmente notaréis ó una soberbia que expresa desdén, ó una forma de benignidad que se asemeja á la compasión. ¡Síntoma extraño, en verdad, que haría pensar á un hombre nuevo en el mundo, que lo observase, que la gente del pueblo tiene alguna grave culpa sobre sí de origen con respecto á la clase superior: culpa ó pecado que es racional y útil hacérselo sentir contínuamente para que se avergüence y se arrepienta!

*
* *

Las ideas de que se derivan estos modales y procedimientos, se nos han imbuído en la cabeza desde la infancia.

Los niños oyen á la criada que anuncia las visitas en la forma siguiente: —Aquí hay un señor, ó una señora, ó: —Aquí hay un hombre, ó una mujer. ¡Como si un señor fuese más que un hombre, y una señora más que una mujer! Oyen, asimismo, de labios del padre ó de la madre, aunque alardeen de despreciar las vanidades aristocráticas, que hablan con cierto tono desdeñoso y compasivo á un tiempo, de determinados amigos de la casa, diciendo: —¿Sabes? ¡Su padre fué un trabajador del campo! ó bien: —Se ha enriquecido, pero huele todavía á albañil. Escuchan que tratan de holgazán á cualquier pobre diablo que llama á la puerta pidiendo limosna; pero del holgazán que vive de sus rentas, perciben esta exclamación: —¡Feliz él!

Si no estudian los niños, se les amenaza, como castigo, si no como deshonra, con ser puestos á trabajar en una fábrica ó en un oficio mecánico. El niño bien vestido que en el ómnibus ó en el tranvía se sienta al lado de una mujer harapienta ó de un hombre sucio, negro de carbón, nota al punto en el semblante de su madre una expresión de inquietud ó de repugnancia. Advierte los gritos de los jugadores en los bodegones,

tropieza con borrachos por las calles, gentuza del brazo de mujerzuelas que vocean indecencias, lee cosas de rateros y salteadores nocturnos en los periódicos, de rapaces que se dan de puñaladas por un quítame allá esas pajas, y observando que todos estos tipos pertenecen á una sola clase, adquieren hacia ella una aversión y un desprecio que les dura toda la vida. Y es porque el padre y la madre, al señalarles á aquella gente como hacían los Espartanos con los Ilotas, y complaciéndose con la repugnancia saludable que en ellos despiertan, no les añaden, como deberían:—Mirad: no creais que estos vicios y estas fealdades sean patrimonio de una sola y exclusiva clase social; se juega, se riñe con armas, se ahoga la razón en las bebidas, se trata frecuentemente con perdidas, se hablan obscenidades y se roba la bolsa al prójimo también en nuestra clase y en otras, á que no pertenecemos; solamente que se hace en parajes y de manera que tú no ves ni sabes. Odia, pues, y desprecia el vicio y la abyección, que pululan por todas partes; pero no la clase que, careciendo de arte y de medios para esconderlos, los enseña más, porque sería injusto é innoble.

Y así, por todos lados, conscientemente ó por ligereza, se enseña á los niños la injusticia, la doble urbanidad, la indulgencia para con las infamias barnizadas, y el hábito de mirar antes al traje que á la persona, y á evitar el pueblo bajo, por motivos de dignidad y de salud.

*
* *

Es causa de todo ello, un error profundo al cual somos inducidos la mayoría por la conciencia orgullosa de nuestra superioridad, á saber: por considerar la ignorancia, la rudeza, la brutalidad, la pobreza del mayor número de nuestros conciudadanos, no como accidentes producidos por causas en las cuales ellos no tienen culpa, ó en la cual tenemos todos los demás una parte, sino como algo de congénito en los mismos, adquirido por natural tendencia; con lo que deben ser considerados casi como de una raza inferior á la nuestra: lo cual halaga más profundamente nuestra vanidad.

Con efecto, no se puede explicar de otra manera el desprecio con que se suele echar en cara al pueblo sus defectos y sus miserias, y la facilidad con que nos inclinamos

á creer que no hay remedio ni para aquéllos ni para éstas. La señora elegante se horroriza si se le asegura que su hermoso hijo, el abogado, esperanza del foro y honra de los salones, no habría sido distinto de aquel obrero que vocifera por la calle con la chaqueta al hombro; el cual plebeyo habría llegado á valer lo que su distinguido heredero, si no ya desde la cuna, si á la edad de diez años al menos, hubieran cambiado su respectivo puesto en el mundo. Aunque el operario sea bueno, honrado, y hasta inteligente, aquella madre señora se encuentra que existe un abismo entre ambos hombres, una diferencia semejante á la que puede haber entre un blanco civilizado y un negro salvaje.

Nuestro amor propio nos ha conducido á dar una importancia desmesurada á ciertos refinamientos de modales, de vestidos, de lenguaje y de gustos, considerándolos así como caracteres fisiológicos de una familia aparte, dentro de la familia humana; y la separación casi continua que hay entre nosotros y el pueblo en la vida social, ayuda á mantenernos en aquel erróneo concepto. Mil ejemplos de madres desnaturalizadas, de hijos ingratos y crueles, y de

hombres bestialmente sensuales ó bastos ó feroces que nos presenta cada día nuestra clase, no nos quitan de la cabeza la idea de que la dureza de corazón, la rapacidad, el furor de los bajos placeres, y la brutal violencia, sean casi cualidades específicas y características de las clases inferiores. Y esta preocupación, que es en los más un sentimiento sobre el cual no han meditado nunca, falsea todas nuestras ideas sobre las cuestiones sociales, llena nuestro espíritu de prevenciones irracionales y tristes, no nos deja ver en el mundo sino una sociedad culta y floreciente, que es precisamente la sociedad de los salones; tras de lo cual, la muchedumbre inmensa se nos aparece como una sombra que vaga sin otra mayor importancia que la del fondo obscuro de un cuadro, allá en los últimos términos, con respecto á las figuras principales que en el mismo campean, grandes é iluminadas.

*
* *

De esta verdad se tienen pruebas elocuentísimas en la lengua y en la literatura.

Sería un estudio curioso buscar todos los nombres de oficios humildes, aunque nece-

sarios y honrados, que se emplean todavía como un insulto, ó que sirven de términos de comparación para el escarnio, como cuando quienes los ejercitaban, esclavos ó siervos, no tenían el derecho de resentirse si se les aplicaba aquellos nombres despreciables; y más curioso sería aún escoger hasta en los escritores menos aristocráticos de ideas y más suaves de ánimo, las palabras y las frases irracionalmente injuriosas para toda clase de pueblo, usadas por aquéllos sin intención malévola y por la pura fuerza de la costumbre. En un drama de un célebre escritor francés, por ejemplo, hay un perfecto caballero, respetable y bueno por todos conceptos, que en un ímpetu de cólera, dice á un joven: —*Eres más cobarde que un ladrón y que un lacayo.* ¡Diantre: más vil que un criado!

Y sin embargo, en su larga vida de caballero, aquel autor dramático le sirvió sin duda más de un criado, que no sólo no sería vil, sino que quizás fuera harto respetable, y al cual el amo no habría osado leer siquiera aquellas palabras.

Otro escritor de ánimo generoso, admirable por el uso concienzudo y prudente de las palabras, al describir la sacudida de

un pueblo que, después de muchos años de privaciones y de aniquilamiento á que lo había conducido un Gobierno inicuo, pierde la paciencia y asalta una panadería, donde, no sólo no mata á nadie, sino que deja en la contienda dos muchachos muertos y muchos heridos por las pedradas de los defensores, llama á aquella multitud tumultuosa la *gentuza,* ó lo que es lo mismo, el montón despreciable de villanos.

Buscando, buscando, se encontrarían innumerables ejemplos que no saltan en la lectura á primera vista. Y esta tendencia se advierte hasta en la educación intelectual, y en especialidad en la literaria, la cual fomenta, más que en ninguna otra, el orgullo, puesto que en vez de inspirar á la juventud sentimientos de compasión hacia tantos prójimos excluídos por necesidad de los goces delicados y fecundos del pensamiento, induce á aquella juventud, precisamente por esto, á despreciar á sus semejantes, como si no se levantasen hasta aquellas puras emociones, no ya porque no pueden, sino porque no quieren, y como si no quisieran á consecuencia de un sentido innoble de aversión y odio, que debe ser castigado con el soberano desdén de los ilustra-

dos. El *profano vulgo* es una expresión típica que fotografía aquel desprecio.

Y uno de los efectos más dignos de notarse en tal educación es que haya escritores de elevado ingenio y de corazón noble, que aborrecen ciertos ideales de renovación social, á los cuales reconocerían de buen grado grandes ventajas para todos, únicamente porque están convencidos de que en la nueva sociedad bajaría la importancia y el crédito de la aristocracia intelectual. Todo esto está retratado en la iracunda exclamación de *¡ignorante!* que lanzan con frecuencia como un anatema á cualquier pobre diablo que por miseria no ha podido siquiera pasar por las áulas de un Instituto.

*
* *

Muchas de estas cosas las ve ó penetra el pueblo con toda claridad; otras tiene la intuición confusa de ellas, ó las adivina ó sospecha. De aquí nace, en gran parte, la brutalidad, la insolencia, el cinismo, la grosería misma que se le echa en cara. De nuestros juicios orgullosos é injustos, de nuestro lenguaje despreciativo ó compasivo, el pueblo se venga con juicios atroces y con lenguaje injurioso para nuestra clase. Odia la justicia y la autoridad, en nombre de las cuales, hasta en nuestras privadas contiendas, le amenazamos con demasiada frecuencia, y siempre dándonos aire de que no dudamos de que tendremos á aquélla de nuestra parte. Se ríe por amor propio ofendido de la cultura, y afecta despreciarla porque se le hace injustamente responsable de carecer de ella. Exagera la crudeza de los modales para escarnecer los refinamientos de la educación, de la cual ve que formamos barrera para separarnos de él. Detesta é insulta el lujo, porque comprende que no lo amamos tanto por sentimiento culto de lo bello, como porque sirve para mostrar nuestra superioridad y acrecentar la sujeción é inferioridad del pueblo. No nos agradece la cortesía, ó la rechaza porque comprende que no se es galante espontáneamente, ni la empleamos con el pueblo en la medida y forma de las cuales usamos con los que llamamos nuestros iguales ó de nuestra clase. Experimenta una acre complacencia al introducirse en medio de nosotros, en los sitios públicos, con ademanes y palabras de una familiaridad impertinente, porque sabe bien que su contacto nos

molesta, y hasta nos ofende. No ama, por último, antes por el contrario, desdeña aquel trabajo manual que ve honrado por nosotros de palabra, pero despreciado de hecho, con mil señales indiscutibles.

Los justos y los benévolos de nuestra clase, no son en número bastante para compensarle de los procedimientos de la gran mayoría; ésta, voluntaria ó involuntariamente, le punza, le huye, le empuja como á cosa molesta; escapa de él como de una infección; lo considera como una especie de estiércol social, necesario sin duda para hacer florecer á los señores, pero del cual se querría, naturalmente, poder prescindir.

La sorda acrimonia que siente el pueblo, no se origina tanto del sentimiento de su inferioridad económica, cuanto de todas estas sensaciones desagradables acumuladas; y de la seguridad de que se considera únicamente como maldad natural, baja envidia y avidez de los bienes de que carece, lo que en realidad es, por el contrario, en gran parte, debido á un justo resentimiento provocado en él por la conducta de aquellos que poseen dichos bienes; los cuales, no contentos con gozarlos y defenderlos, hacen

de los mismos motivo de soberbia, y quisieran ser honrados y venerados, como si la posesión de la riqueza constituyese signo sagrado de una predilección divina.

*
* *

De esa verdad se deberían persuadir los padres y las madres, los profesores y maestros, para romper aquella tradición funesta de las preocupaciones, de los modales y del lenguaje, que avivan continuamente en el pueblo la división de las clases, amargando el sentimiento de la pobreza.

No es preciso ser socialista; basta tener corazón y buen sentido para desear que prevalezca en las clases superiores una nueva manera de comportarse con el pueblo; un modo, fundado en un respeto sincero y grave, en una indulgencia sabia, en una benevolencia que no tenga ni asomos de compasiva caridad ó de que se dignen los superiores descender hasta los inferiores; una forma que dulcifique el ánimo y levante la dignidad de quienes sean objeto de estas consideraciones.

Cada vez que me detengo en estas reflexiones, me viene á la memoria un colo-

quio singular entre dos ciudadanos americanos, al cual asistí en una solitaria factoría de las Pampas argentinas.

Habían trabado conversación un grande gaucho de cuarenta años, de aspecto rudo y preocupado, y el Presidente de la República, á quien el gaucho no había visto jamás. Ambos estaban de pie, uno frente al otro, erguidos y con el rostro levantado; ambos con el sombrero puesto, y al hablarse, se miraban frente á frente. No observé en la cara del gaucho ni una sonrisa, ni un movimiento, ni un gesto, ni una mirada, que expresase timidez, complacencia, admiración, intención obsequiosa, ni tampoco la menor altanería. Y precisamente él reflejaba á su vez el semblante y la actitud del Presidente, el cual, ni hablaba expresando sentimiento de superioridad, ni intención de cortesía, ni deseo de obsequio, ni esfuerzo alguno para aparecer sencillo, ni sospecha de dar temor ó idea de producir placer á su interlocutor.

Aquél hablaba con la misma cara y con la misma voz natural y tranquila, con la cual habría conversado con un camarada suyo de la Pampa acerca de un asunto indiferente á entrambos. Éste hablaba, á su

vez, de la misma manera con que habría conversado con uno de sus Ministros.

Á quien los hubiera visto ú oído sin saber quiénes fuesen, y no mirando á la diferencia del traje, no le habría pasado por la imaginación que existiera entre ambos diferencia alguna de condición social.

Terminado el coloquio, el Presidente se tocó el sombrero y dijo: —Buenos días; el gaucho hizo exactamente lo mismo, repitiendo en el mismo tono, como un eco: —Buenos días. Aquél se acercó de nuevo á sus Ministros y á su séquito. Éste volvió entre sus carneros y sus caballos; y ni uno ni otro se volvieron para mirarse, una vez separados.

Pues bien: esta me parece una escena de la vida social del porvenir. Aquéllo que ví allí (y que allí es efecto de la índole nacional y de las condiciones particulares de vida de los habitantes de las Pampas) llegará un día que se vea en todos los países, por efecto de la profunda transformación social que se prepara; y esto sucederá cuando todos los hombres hagan su propio camino, pisando la tierra y sin que ninguno camine montado ó á cuestas en la espalda de una muchedumbre envilecida.